

## A caballo entre lo rural y lo urbano. Figura y experiencias de los “fematers” en Valencia (1900-1960)

Jorge Ramón Ros  
Universitat de València

Hace menos de un año, el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU publicó sus conclusiones y proyecciones futuras sobre la evolución demográfica de la población mundial. Según este organismo, un 55 por ciento de los seres humanos viven en 2018 en áreas urbanas, previendo llegar al 68 por ciento en 2050<sup>1</sup>. Un análisis similar aparecía en 2012 en una edición online del diario *El País* con un título contundente: "El futuro pasa por las ciudades". A juicio de la redactora, si estos pronósticos se cumplen, «la vida pausada y bucólica con que los urbanitas asocian el campo y el mundo rural pasará a ser casi un recuerdo en color sepia»<sup>2</sup>.

Este *paper* no tiene como objetivo explorar este horizonte de convivencia colectiva incierta, proceso que supera la producción de estadísticas y los contornos (si es que los hay) de la investigación y el debate científico. Más bien, me interesa reflexionar sobre un planteamiento histórico que subyace en estas noticias: la naturalización de una alteridad ontológica entre campo y ciudad, entre un mundo rural y un mundo urbano a la vez productor y producido... ¿sólo por hipotéticos seres “urbanitas” y “rurales”<sup>3</sup>?

Para ello, he escogido como ejemplo a estudiar la construcción relacional de l’Horta y de la urbe de Valencia como entidades próximas pero “no revueltas” en dos contextos históricos distintos, pero ambos a través de un sujeto colectivo que con sus maneras de vivir el espacio<sup>4</sup> podía reforzar, tensionar o redefinir estos límites. Es el caso

---

<sup>1</sup> United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, *World Urbanization Prospects 2018: Highlights*, United Nations, 2019, p. 1. Enlace:

<https://population.un.org/wup/Publications/Files/WUP2018-Highlights.pdf>

<sup>2</sup> Alicia GONZÁLEZ: "El futuro pasa por las ciudades", *El País*, 15 de abril de 2012 (consultado el 11 de abril de 2019)

<sup>3</sup> William Cronon, uno de los primeros investigadores en llamar la atención sobre la historicidad de esta dicotomía, se preguntaba: «Why had I seen some human changes as “natural” —the farm, the woodlot, the agricultural countryside—but not the other changes that had made “nature” into “city”?» William CRONON: *Nature’s Metropolis: Chicago and the Great West*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1991, p. 7.

<sup>4</sup> Me he apropiado de la noción de “espacio vivido” de Henri LEFEBVRE: *La Producción del Espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013, pp. 98-99.

del *femater*<sup>5</sup>, figura que aparecía a principios del siglo XX en multitud de crónicas de periodistas y escritores sobre el campo y la ciudad y que sería protagonista de un enconado conflicto en la Restauración con las autoridades municipales monárquicas y, a partir de 1901, con la hegemonía republicana blasquista. La imposibilidad de interpretar y contrastar sus propias voces<sup>6</sup> con los discursos públicos que circulaban en este período sobre ellos me llevó a plantearme la posibilidad de abrir esta ponencia a un período posterior: los inicios del desarrollismo franquista que, además, coincidían con la experiencia de mi abuelo como *femater*. Así que, teniendo en cuenta una serie de condicionantes metodológicos (la utilización de dos tipos de fuentes con distinto público y naturaleza en dos contextos separados por brechas generacionales y el impacto de una guerra civil y dos dictaduras) opté por abrir la investigación a la historia oral. Al hacer esto, no estaba tan interesado en una labor de “recuperación” y “dignificación” del *femater*<sup>7</sup> al estilo thompsoniano, sino más bien en cómo, desde 2019, dan sentido<sup>8</sup> a su vínculo de antaño con el campo y la ciudad, y modelan esa dicotomía, así como las diferencias o semejanzas que pueden apreciarse respecto a las fuentes literarias y periodísticas de principios de siglo. ¿Cómo recordaban aquel modo de vida y daban sentido a su pasado? Además, esto podía permitirme una aproximación, a través de su recorrido vital, a su evocación de los espacios urbanos de Valencia y su propia interacción con ellos al tiempo que recogía y aprovechaba el subproducto orgánico e inorgánico de las viviendas.

Desde mediados del siglo XIX, el *femater* había protagonizado junto a las vendedoras de productos hortofrutícolas diversas huelgas que habían puesto en jaque el tráfico por la ciudad y el abastecimiento de alimentos y, que en paralelo, incidieron en las imágenes y sensibilidades de las élites políticas, la prensa y los círculos literarios de

---

<sup>5</sup> Oficio desempeñado hasta finales de los años 60 del siglo XX por una parte de los agricultores arrendatarios varones de la huerta del término municipal de Valencia y pueblos limítrofes como Alboraiá, Almàssera o Meliana. Consistía en la recogida, reutilización y venta de materia orgánica e inorgánica de las viviendas de la capital (estiércol, papel, vidrio, metales, etc.)

<sup>6</sup> Pese a organizarse parte de ellos como la Sociedad de Agricultores de la Vega, no se han conservado en el presente documentación alguna de sus actividades cotidianas.

<sup>7</sup> Una traducción aproximada al castellano sería “estercolero”. Su figura guarda ciertas semejanzas con la del trapero madrileño, estudiado por Luis de la Cruz. Luis DE LA CRUZ: «Política de merendero y descampado: la construcción social del extrarradio madrileño». Comunicación presentada al XIV Congreso de la AHC, Alicante, 2018.

<sup>8</sup> Aquí me resulta sugerente el “giro interpretativo” de la historiografía oral que, según Miren Llona, «propone desplazar el centro de interés de la reconstrucción de los hechos a la búsqueda del sentido de los mismos y a la interpretación de la subjetividad» Miren LLONA: «Historia Oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida» en Miren LLONA (ed.): *Entreverse: Teoría y metodología prácticas de las fuentes orales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2012, p. 46.

Valencia sobre el mundo agrícola que interactuaba con la urbe. En el fragor de la huelga de verduleras y *fematers* de julio de 1882, *El Mercantil Valenciano*, periódico liberal-republicano y uno de los principales de la ciudad, valoraba el comportamiento de lxs huertanxs en los siguientes términos:

«Ya estarán satisfechos los torpes consejeros de los labradores; se quedarán estos sin sus puestos en los mercados, perdiendo las ganancias que legítimamente les producía la venta al detalle de la cosecha, y cuando la miseria y el hambre llamen a las puertas de las humildes barracas: ¿Dónde estarán esos señores que les alientan ahora? ¿Dónde estarán ahora esos caballeros que escriben los pasquines, esos que en fin, directa o indirectamente, mantienen la excitación de la huerta?»<sup>9</sup>

De esta columna parece deducirse que lxs huelguistas son seres inocentes manejados por agentes externos, asociados, en otras crónicas, a los movimientos carlistas con arraigo en la Huerta. Sin las mismas connotaciones políticas inmediatas y en el plano de la literatura, Blasco Ibañez representaba al *femater* en la figura de Nelet, adolescente hijo de labradores, como «un explorador de misterioso territorio» cuyo recuerdo de la ciudad era «la ruidosa batahola del Mercado y aquellos municipales de torvo ceño y cerdosos bigotes, terror de la gente menuda»<sup>10</sup>. En este sentido, estas percepciones evocan a la antropología que, según Jesús Izquierdo, el liberalismo español de finales del siglo XIX había modelado sobre los campesinos, presentándolos como seres de otro mundo, dominados e inconscientes<sup>11</sup> que, en última instancia, no eran dueños de su vida.

Desde una perspectiva atravesada por los estudios de género y la historia agraria, Mónica Burguera defendía que la huelga de 1878 había generado en las élites políticas y culturales de Valencia una disonancia entre la representación bucólica de las familias rurales, basados en una interdependencia harmónica con la urbe, y las crónicas periodísticas que insistían en la violencia, la irracionalidad y la alienación del ser y las acciones de lxs huelguistas que amenazaban el espacio urbano<sup>12</sup>. Ahora bien, esta

---

<sup>9</sup> *El Mercantil Valenciano*, 23 de julio de 1882, p. 2.

<sup>10</sup> Vicente BLASCO IBAÑEZ: «El Femater» en *Cuentos Valencianos*, Valencia, Francisco Sempere, 1910, p. 167. Según Germán Labrador, la literatura es el terreno donde «la ficción narrativa tiene la capacidad de trabajar sobre la experiencia, de entrenar la empatía». Germán LABRADOR: "Ascensores en caso de incendio. ¿Qué podemos hacer con la literatura del pasado y con el pasado literario?" en AA. VV., *¿Qué hacemos con el pasado? Catorce textos sobre historia y memoria*, Madrid, Postmetrópolis Editorial, 2015, p. 123.

<sup>11</sup> Jesús IZQUIERDO: "El ciudadano demediado: campesinos, ciudadanía y alteridad en la España contemporánea" en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 631.

<sup>12</sup> Mónica BURGUERA: "La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX" en Mónica BURGUERA y

hipótesis, basada en una imagen de alteridad, cobra una nueva dimensión si se pone en relación con otros discursos que remiten a marcos de convivencia. Por ejemplo, mientras que Las Provincias<sup>13</sup> relativizaba el impacto económico y social que la ausencia de lxs laboradorxs (y la presencia de despojos en las calles) conllevaba en el barrio del Mercado, su homónimo liberal-republicano jaleaba la preocupación de los lectores ante una supuesta parálisis de la actividad cotidiana que podía repercutir en la marcha de los negocios:

«no es solamente (...) lo que compran las laboradoras, sino que éstas se surten de muchas cosas en los comercios de especiería, y cuanto necesitan para vestir a todas sus familias, en los comercios de tejidos, dejándose muchas veces en estos últimos algunos miles de reales.

Sufre [el comercio] porque muchas familias de la capital, temerosas de que suceda algún motín, se retraen de salir a compras.

Sufre porque los habitantes de los pueblos de la provincia no vienen, porque ha cundido la voz de que aquí nos estamos matando.»<sup>14</sup>

Dos décadas después y en un contexto de zozobra del turno dinástico en la ciudad del Turia, la voluntad de *fematers* y vendedoras en ir a la huelga volvía a ser una fuente de preocupación para las autoridades políticas y la prensa, con matices según su implicación o posición. Poco antes de que el escribano municipal retratara la sala de juntas como un espacio de deliberación racional asediado por lxs huertanxs<sup>15</sup>, la redacción de El Pueblo, que al principio había apoyado las reivindicaciones agrícolas para suprimir el impuesto sobre los carruajes agrícolas, matizaba a qué tipo de laborador querían defender. En concreto, el diario republicano blasquista establecía una distinción entre “aquellos que hacen política” y “la sencillez de los laboradores”. Cabe interpretar

---

Christopher SCHMIDT-NOVARA (eds.): *Historias de España Contemporánea: cambio social y giro cultural*, Valencia, PUV, 2008, pp. 81-114.

<sup>13</sup>Diario conservador dirigido por Teodoro Llorente, uno de los estandartes del movimiento cultural de la Renaixença Valenciana e impulsor de la imagen bucólica del campesinado valenciano de la Restauración. En 1887 contaba con una tirada mensual de 180.000 ejemplares (Cifras extraídas de Antonio LAGUNA: *Història de la Comunicació: València, 1790-1898*, Barcelona, Publicacions de la Bellaterra, 2001, p.265). En plena huelga de 1878, se burlaba de El Mercantil al estar éste «llevando las consecuencias de la falta de verduras al extremo de suponer se perjudican los intereses del comercio, puesto que las laboradoras verduleras no compran en los comercios la rosquilla y el cordón para atarse el cabello, etc.» *Las Provincias*, 10 de marzo de 1878, p. 2.

<sup>14</sup> *El Mercantil Valenciano*, 13 de marzo de 1878, p. 3.

<sup>15</sup> En la reunión que debía debatir qué hacer con el impuesto a los carros de lxs huertanxs, el secretario declaraba que «la Alcaldía aceptó a su vez la indicación del sr Taroncher, y designó a este y a los Sres Montesinos, Rubio y Simó para que convencieran al público de la necesidad de guardar orden y eligieron a seis individuos, que eran los más que podían haber en el consistorio. Suspendióse la sesión por breves momentos con objeto de que dichos señores pudieran cumplir su encargo y regresaron estos después sin que sus exhortaciones hubieran conseguido moderar la actitud del público, que seguía pugnando por penetrar en el salón y en actitud tumultuaria» Ayuntamiento de Valencia, actas del pleno consistorial, 6 de mayo de 1901.

de sus declaraciones que los intereses y las acciones protagonizadas por los sujetos agrícolas estaban y *debían estar* al margen de la política municipal:

«Esto se sobreentiende que será mientras los huertanos se limiten a proceder como tales, defendiendo sus intereses con independencia y sin dar a su protesta un alcance político en favor de determinado partido.

Y decimos esto porque se nos asegura que ciertos elementos políticos, especialmente los carlistas, pretenden explotar este conflicto para sus fines electorales en Alboraya y Almacera (...) las canallescadas mentiras que hacen circular contra los concejales de la Fusión, nos hacen ver que se pretende explotar esta agitación contra los republicanos, abusando de la sencillez de los labradores»<sup>16</sup>.

Este argumento, repetido constantemente por el blasquismo municipal, sería defendido durante las movilizaciones intermitentes de vendedoras y *fematers* entre 1901 y 1903 en paralelo a una representación mediática de estos sujetos como entes externos privilegiados que se adentraban y aprovechaban de la ciudad y el consistorio para realizar sus labores cotidianas (abastecimiento de alimentos y eliminación de desperdicios). Y si éstas no se llevaban a cabo, su presencia e interacción con la ciudad cobraba tintes amenazadores para el propio gobierno de la misma, asociado a la circulación regulada de personas y mercancías<sup>17</sup>:

«Se sigue respetando la costumbre de los fematers, que se llevan el mejor estiércol, ensucian las calles, entran y salen a la hora que les da la gana y no guardan ninguna de las reglas de aseo e higiene más elementales.

En ninguna otra población de España se conoce eso de los fematers. El producto del estiércol de las habitaciones sería suficiente para costear un servicio perfecto de limpieza pública en Valencia, como se hace en todas partes»<sup>18</sup>.

En estas protestas, al parecer capitaneadas por la recién creada Sociedad de Agricultores de la Vega, las crónicas de este diario u otros como El Mercantil o El Correo destacarían desde distintos ángulos la vertiente irracional, violenta y expansiva de las movilizaciones a través de denuncias de las talas de campos, los cortes de caminos y, en pleno centro urbano, la sustitución de la compra-venta en el Mercado por otro tipo de usos del espacio público. Por ejemplo, El Correo iniciaría su primera crónica del conflicto con el provocador título de "Valencia invadida por los labradores". Para los redactores de este diario liberal-demócrata, una invasión agrícola de la ciudad suponía convivir con una diversidad de manifestaciones públicas alejadas de la distancia y el aislamiento sensorial entre cuerpos que Simon Gunn y Chris Otter,

---

<sup>16</sup> "Los huertanos", *El Pueblo*, 5 de mayo de 1901, p. 2.

<sup>17</sup> Un ejemplo de exploración del vínculo entre circulación y gobierno en el desarrollo de metrópolis británicas en Richard DENNIS: *Cities in Modernity: Representations and Productions of Metropolitan Space, 1840-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 39-40.

<sup>18</sup> "Los huertanos", *El Pueblo*, 9 de diciembre de 1902, p. 1.

respectivamente, han analizado como señas de respetabilidad urbana en el Imperio Británico tardovictoriano<sup>19</sup>. Así pues, el disparo indiscriminado de cohetes en plena calle, supuestamente dirigidos por «algunos chiquillos y huertanos amigos de estas diversiones» era asociado a la expulsión de unos transeúntes pacíficos que nada tenían que ver con los incidentes. O el propio destrozo de las frutas y verduras contra el suelo adoquinado de la plaza «haciendo imposible el tránsito»<sup>20</sup>.

En definitiva, según mi interpretación, las movilizaciones urbanas de las vendedoras y los fematers no sólo habían puesto en tela de juicio la clásica distinción idealizada entre praxis campestres y urbanas cuestionada por William Cronon o Raymond Williams<sup>21</sup>. En el caso de Valencia, estimo plausible plantear que esta pugna y resignificación de grupos sociales y usos del espacio supondría un cierto desafío a la *viabilidad*<sup>22</sup> del gobierno republicano y sus nociones del “pueblo” a principios del siglo XX. Ahora bien, las autoridades tomaron cartas para intentar zanjar el conflicto agrario que, de acuerdo al profesor Ramiro Reig, supusieron una “victoria” del Ayuntamiento sobre los *fematers*. Después de que éste se encargara directamente del servicio de limpieza entre 1904 y 1906, el consistorio conseguiría zafarse de esta cuestión en 1907 arrendando esta labor en manos a un licitador privado a cambio de 108.490 pesetas<sup>23</sup>. Resulta una incógnita saber qué consecuencias provocaría en el *modus operandi* de los *fematers* semejante acuerdo, pero a falta de materia orgánica, ninguna herramienta de presión y trabajo parecía quedar en sus manos.

No obstante, las historias y andanzas de este sujeto individual y colectivo no terminan aquí. Hasta ahora, había quedado fuera de mi alcance la evolución de estas movilizaciones colectivas más allá de los confines temporales del primer blasquismo. Y dadas las limitaciones de un *paper* (y mi estado actual, atrapado en la tela de araña de la

---

<sup>19</sup> Simon GUNN: *The public culture of the Victorian middle class: Ritual and authority in the English industrial city 1840-1914*, Manchester University Press, 2007, pp. 76-77 y Chris OTTER: "Making Liberalism Durable: Vision and Civility in the Late Victorian City" *Social History*, vol. 27, nº 2 (2002) p. 2.

<sup>20</sup> "Valencia invadida por los labradores", *El Correo*, 6 de abril de 1901.

<sup>21</sup> En su obra *The Country and the City*, Williams complejizaba la crítica a la dualidad entre inocencia rural/conflictividad urbana con la siguiente observación: «Pero el contraste se marcaría en otros sentidos: entre la conciencia y la ignorancia; entre la vitalidad y la rutina; entre el presente y lo real y el pasado o la pérdida»<sup>21</sup>. Raymond WILLIAMS: *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 293.

<sup>22</sup> Viabilidad, tránsito, circulación... ¿son sólo nociones propias de una dimensión espacial del “buen gobierno liberal”?

<sup>23</sup> Ramiro REIG: *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad de Valencia en 1900*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1986, pp. 350-351.

escritura de la tesis) tampoco podía extenderme en un minucioso trabajo de recolección e interpretación de fuentes. Probablemente, esta fue la razón por la que pensé en volver a mi contacto inicial con esta profesión y modo de vida. En este sentido, mi interés por los *fematers* parte de las conversaciones con mi abuelo y mi abuela materna sobre sus historias de vida en un período mucho más reciente, a caballo entre la época de la autarquía y el despertar del desarrollismo franquista. Ellxs, desde diferentes situaciones<sup>24</sup> y en un momento vital muy concreto (en la época en que se casaron) me explicaron cómo habían decidido complementar el cultivo y venta agrícola con la recogida de los residuos urbanos.

Respecto al método, opté en un principio por un formato intermedio entre la entrevista guiada y la narración libre de lxs entrevistadxs, recurriendo o marginando el pequeño cuestionario que tenía a medida que fluyeran o divagaran en sus hilos narrativos. Pese a que mi intención inicial era realizar entrevistas individuales, la ilusión y la implicación que mostró mi abuelo en el proceso de búsqueda y logística me hizo descartar esa posibilidad, de modo que se trataría de una conversación a tres bandas. Era consciente de cómo podía condicionar la rememoración de vivencias íntimas, pero quizás podía ganar profundidad en otros campos, como el análisis de las complicidades tejidas entre antiguos compañeros o, por otro lado, de la negociación "en directo" de las discordancias entre sus pasados vividos. Gracias a su interés, él me indicó que no era el único agricultor vivo involucrado en Alboraya en los años 60 en el oficio del *femater*. Y con su mediación conseguí entrevistarme también con Enrique Panach López y Miguel Catalá Omedes, agricultores que, a día de hoy, siguen vinculados a la Huerta de Valencia.

Para mi sorpresa, las entrevistas giraron en torno a la estrecha relación (que desconocía hasta entonces) entre la cría de puercos, patos o gallinas en las alquerías y el manejo de los desperdicios urbanos. Así pues, dichos animales eran, al igual que la materia orgánica e inorgánica restante, una fuente de ingresos y alimento en un contexto de inestabilidad, aislamiento económico y carestía intermitente. En este factor de enriquecimiento y ascenso social, en un contexto de tímida liberalización económica en

---

<sup>24</sup> Pese a que mi abuela plantada, cosechaba y vendía verdura en los mercados urbanos, el oficio del *femater* respondía a una división sexual del trabajo que probablemente estuviera reforzada por los estereotipos culturales entre lo que resultaba "decoroso" para un hombre o una mujer en el primer franquismo. Sin embargo, una vez llegaban los desperdicios al corral, ella se encargaba también de su almacenamiento y selección.

Valencia a finales de la postguerra<sup>25</sup>, insistían tanto Miguel Catalá, que más tarde sería comerciante de cebollas, patatas y otros cultivos, como mis abuelos, a la hora de hacer balance de su antiguo trabajo:

«Miguel: Se venia tot. (...) Te sobrava fem?...També el venies. Venia el llauraor, carregava i (se golpea las manos) pagava. Venia la safaeta dels porquets (vuelve a golpearse las manos) tacatac. I també criàvem bacones, mares, criàvem els porquets en lleves (ininteligible) Ho teníem tot en casa cada ú, tot d'ahí...»<sup>26</sup>

«Abuelo: Els que no anaven a fem no estaven controlats...

Jorge: *Ja, ja. Perquè no tots anaven al fem...*

Abuelo: No, tots no...

Abuela: Clarooo...el que anava a fem era...mira, tots adelantarem. Mosatros va ser molt poquet de temps i també s'adelantà. Hi havia que no tenia res i se va fer...»<sup>27</sup>

Sin embargo, esta vinculación provocaba que no todas las familias pudieran dedicarse a la crianza de animales más allá de la auto-subsistencia. En primer lugar, necesitaban un carro y un caballo para desplazarse. Y en segundo lugar, una continuidad temporal que ofreciera estabilidad laboral. De hecho, mis abuelos empezaron la cría sólo cuando obtuvieron "una volta de fem" durante todo el año:

«Jorge: *Per què començares a anar al fem a València?*

Abuelo: Per què comencí? Pues perquè no teníem un any complet per a anar a criar porcs. Eh? Hi hagué un home de la família que se va jubilar, bueno, que ja era major i se volia jubilar...

Jorge: *Sí...*

Abuelo:...i tenia una volta de fem assignà a ell (*silencio*) contínua.

Jorge: *Sí.*

Abuelo:...i li ho diu a mon pare. I a mon pare li paregué bé. I agarràrem nosatros ixa volta de fem, perquè mosatros només que teníem quatre mesos en l'any, i en quatre mesos no podies criar animals, perquè estaven separats, no estaven junts...»

Por lo que los testimonios señalan, la "volta de fem" consistía en un itinerario por varias calles de la ciudad, fijado de manera consuetudinaria por los propios *fematers* y sancionado por la SAV<sup>28</sup>, en las que ellos recogían la basura generada por los vecinos durante las primeras horas de la mañana. Por un lado, la "volta" era el elemento que articulaba su interacción entre el mundo rural y el urbano, así como su percepción de las desigualdades sociales que atravesaban en su recorrido:

---

<sup>25</sup> Pese a que, a partir de 1955, el porcentaje de población activa agrícola empezaría a bajar (del 48,5% al 16,8% en 1975) el peso de este sector era todavía muy importante, hasta el punto de que las exportaciones agrícolas valencianas rondaban el 40% del total del Estado. Ismael SAZ: "Valencia en la etapa franquista: política y sociedad" en Paul PRESTON y Ismael SAZ (eds.): *De la Revolución Liberal a la Democracia Parlamentaria. Valencia (1808-1975)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 272-273.

<sup>26</sup> Entrevista a Miguel Catalá Omedes realizada por el autor (15-06-2019).

<sup>27</sup> Entrevista a Juan Ros Ten y Consuelo Hueso Pechuan realizada por el autor (9-II-2019).

<sup>28</sup> Dada la no conservación de sus archivos, desconozco qué cambios y continuidades internas residen entre la SAV de principios de siglo con la del franquismo.



Abuelo: «...Pues primer els quatre mesos se anava per els carrers de Dalt i de Baix i la part vella de València

Jorge: Sí...

Abuelo: (silencio) dos mesos alternos, i dos mesos en el carrer Sant Vicent, en la plaça del Caudillo [actual plaza del Ayuntamiento] a San Agustí...

Jorge: Mhm...

Abuelo: Eh? Ahí era una volta preciosa perquè en molt poc de rato omplia el carro i era de material bo per a menjar els animals...

Jorge: *I això perquè era, perquè les cases de allí tenien menjar o...*

Abuelo: Perquè eren altes, perquè eren finques altes en aquell temps i eren porteries que treien molts poals de fem...al pati.

Jorge: Sí, sí.

Abuelo: i en la volta de la València vella, del carrer de Dalt i de Baix [barrio del Carmen] i de per allí, pues allò era pobre, era el barrio pobre de València, i tenies que caminar molt pa poder omplir el carro...eh? Bueno això és els quatre mesos que teníem solts.»<sup>29</sup>

Pero por otro lado, las diferencias entre los recorridos asignados también derivaban en una creación de jerarquías internas dentro de los *fematers*, entre aquellos que gozaban de una “volta” productiva y los que no:

«Abuelo: I els (se lo piensa) més caciques del poble teníen les voltes més bones ...

Enrique: Home, claro...

Abuelo: Lo que eren finques altes de la època, i acabaven molt prompte»<sup>30</sup>

En este sentido, resulta sugerente advertir la correlación, con tintes tayloristas, que mi abuelo establecía entre la altura de los bloques de edificios, la riqueza de sus residentes, la cantidad/calidad de los desperdicios generados y el tiempo que empleaba en su captación. Así pues, el recuerdo de la “Valencia pobre” a finales de los años 50 era asociada a su cansancio y esfuerzo adicional, en oposición a las fincas de la actual plaza del Ayuntamiento y la calle de San Vicente Mártir, zonas de gran actividad comercial y despliegue de proyectos urbanísticos desde finales del siglo XIX.

En un principio, lxs cuatro testigos coinciden en recordar de manera nostálgica aquella etapa de sus vidas como una época en la que el trabajo duro les permitió comprar tierras y superar los últimos coletazos de la posguerra. En este proceso, las personas entrevistadas parecen tejer una especie de memoria colectiva<sup>31</sup> con la que se defienden ante un presente percibido como convulso e incomprensible. Por ejemplo, en sus relatos nada evoca a un atisbo de conflictividad con las autoridades municipales o

---

<sup>29</sup> Entrevista a Juan Ros Ten y Consuelo Hueso Pechuan...

<sup>30</sup> Entrevista a Enrique Panach López realizada por el autor (2-III-2019).

<sup>31</sup> La familiaridad con la que mi abuelo y los entrevistados se apoyaban en su relato mutuamente me evocó al “hogar” del pasado propuesto por David Lowenthal: «Y es que el pasado, por lo general, no sorprende; se ha tomado su medida. En él estamos como en casa porque *es* nuestra casa; el pasado es el sitio del que procedemos». David LOWENTHAL: *El Pasado es un País Extraño*, Madrid, Akal, 1998, p. 28.

con la SAV, sino más bien de deferencia. Ésta es representada como un órgano de gestión y supervisión del trabajo de los *fematers* en la ciudad, lejos de la lucha callejera de principios del siglo XX:

Enrique: Tenien uns inspectors també de particular, com mosatros, que miraven...tu no els veies...Si tenien confiança i sabien que eres bo i te saludaven, pasaven per allí..però sempre pegaven una volta per a vore com ho fèiem, si arreplegàvem, si caia algo en terra...

Jorge: Sí, sí...

Enrique: Claro, lo que passa, que estiguera curiós..

Y la búsqueda de mejores recorridos podía llevar a la construcción, si era menester, de relaciones clientelares:

Enrique: «A vegades te la canviaven a una altra més roin, més bona [la vuelta]. Donaves...per què jo m'enrecorde (se regodea) el abuelo que portava pollastres al tío Martínez [inspector de la SAV]

Abuelo: Exaacte. Al señor Martínez.

Enrique: Eh? En Nadal, algunes coses d'ixes, un remitjò de quereguilles...lo que havia, portaven a aquells...(intento preguntar y se adelanta) home, pa que te deixaren un poquet entrar en finques millors, que no era...

Abuelo: en, en..en carrers més bons, perquè o sinos els primers anaven tots a lo roin de València...»<sup>32</sup>

En este día a día reconstruido por los entrevistados, el conflicto quedaba desterrado como opción de mejora de condiciones. Su lugar era ocupado por el respeto entre “iguales”:

«Miguel: Pues bé, havia lo que coneixies, lo que anaves...era...és molt diferent a ara (...) I antes quan te dien una paraula...sis són sis. No com ara que ara...Wuah, pues no ha canviat açò. Ara te la peguen en un minut. En un minut te la peguen.

Abuelo: Ja ho crec...

Miguel: I la serietat s'ha acabat, res. Antes anaven, a son pare, a comprar una collita...eh, de paraula...tants diners. Era una escritura. La paraula era...hui?.. Te la peguen. (se regodea) Antes anàvem en serietat, se respectàvem, cada ú lo seu...cada ú tenia el seu sector...»<sup>33</sup>

En sus declaraciones reside un ligero poso bucólico de la búsqueda de la “paz social” como resultado de una aparente «normalidad sin política»<sup>34</sup>, concepto trabajado por Ismael Saz para estudiar las relaciones laborales en la industria de la posguerra valenciana. ¿Guardan algún tipo de conexión los testimonios que armonizan un pasado híbrido entre lo rural y lo urbano con la colonización antropológica del campesinado por parte del régimen franquista sostenida por Jesús Izquierdo?<sup>35</sup>. Esto requeriría interpretar fuentes hemerográficas, de Gobierno Civil u otras autoridades en la ciudad, proceso que supera con creces los objetivos de este texto.

---

<sup>32</sup> Entrevista a Enrique Panach...

<sup>33</sup> Entrevista a Miguel Catalá...

<sup>34</sup> Ismael SAZ: "Trabajadores corrientes. Obreros de fábrica en la Valencia de la posguerra" en Ismael SAZ y Alberto GÓMEZ RODA (eds.): *El Franquismo en Valencia: formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999, pp. 208-209.

<sup>35</sup> Jesús IZQUIERDO: *op. cit.*, pp. 648-649.

No obstante, bajo estos consensos existen divergencias a la hora de evaluar los medios empleados para prosperar en este contexto. Mientras que Miguel exaltaba la riqueza generada, Enrique y mi abuela matizaban desde su presente las repercusiones higiénicas del trabajo de femater y la cría de animales. En todo caso, justificaban su ocupación como una etapa que habían de superar, argumentando el desconocimiento de otros modos de vida:

«Jorge: *Que, què era lo que anaves a dir?*

Iaia: Te diu ta iaia (sí) que allò no era una cosa que era digna. Perquè els que estaven mals, estaven mals. Els donaven de menjar a les persones. I els porcs menjaven allí en el fem, que en el fem anava de tot...

Jorge: *Sí, sí, però clar, era aixina com anàveu...*

Iaia: Era aixina com anava la cosa, però no era una cosa recta.»<sup>36</sup>

«Enrique: Jo en mon pare he pujat a netejar conillers, dalt als terrats...no sé, la mare de Deu, açò serà precís?

Abuelo: Pues sí señor.

Enrique: Claro, entonces no coneixíem altra cosa. No coneixíem altra cosa.»<sup>37</sup>

### **Conclusiones:**

Esta aproximación a la figura, las experiencias y los recorridos del oficio extinto del femater en dos contextos distintos (la Valencia finisecular y la de los años 50-60) quizás puedan ser de utilidad a la hora de reflexionar sobre los límites y estereotipos que, con nuevas formas y discursos, manejamos en nuestra vida académica y personal entre dos mundos cuyos contornos se yuxtaponen continuamente. A día de hoy, en plena burbuja inmobiliaria del alquiler en España, ¿qué sentido tiene separar la crítica a la especulación urbanística de la lucha contra la destrucción de los tejidos agrarios o comerciales de las poblaciones que han contribuido y contribuyen a construir “la vida urbana”? En el caso de Valencia, cabe preguntarse cómo, desde los movimientos sociales, los medios y los órganos municipales, pueden generarse propuestas que, a través del análisis histórico de sujetos y praxis liminales (como pudo ser en su momento el caso del *femater*) rompan o cuestionen aquello que ha sido calificado como una paradoja creciente entre la contigüidad geográfica y la distancia cultural entre la ciudad y el campo desde finales del siglo XIX<sup>38</sup>. No tanto en vistas a rescatar una supuesta armonía entre universos interdependientes pero separados, sino, con la obra de Cronon

---

<sup>36</sup> Entrevista a Juan Ros Ten y Consuelo Hueso Pechuan...

<sup>37</sup> Entrevista a Enrique Panach...

<sup>38</sup> Carles SANCHIS y Ignacio DÍEZ: "Huerta y ciudad: contigüidad geográfica y distancia cultural" en Joan ROMERO y Miquel FRANCÉS (eds.): *La Huerta de Valencia: un paisaje cultural con futuro incierto*, Valencia, PUV, 2004, pp. 77-78.

en mente, con el objetivo de desnaturalizar roles y alteridades entre ecosistemas agrarios y ciudades<sup>39</sup>, de cara a desafíos presentes y futuros.

---

<sup>39</sup> «And therein lies our dilemma: however we may feel about the urban world which is the most visible symbol of our human power —whether we celebrate the city or revile it, whether we wish to “control” nature or “preserve” it —we unconsciously affirm our belief that we ourselves are unnatural. Nature is the place where we are not». William CRONON: *op. cit.*, p. 18.